

## INICIAR A LOS NIÑOS EN LA ORACIÓN

Vamos a comenzar por el pensamiento, cuando hablamos de Oración, ¿de qué estamos hablando?

Quizás esta breve frase nos conduzca al umbral de esta altura:

*“Quien no reza, introduce una contradicción en su vida”.*

Adoptando estas palabras como convicción, dándonos así cuenta que entonces la oración es algo propio en el hombre, no algo impuesto desde afuera sino convocado desde el interior; algo que nos mueve a ser diferentes entre los seres de la naturaleza. Siendo así, la oración merece una atención especial.

La oración se extiende a lo largo de toda esa inclinación del hombre hacia lo sagrado, hacia lo que lo trasciende. Porque una pregunta lo hará hombre ¿quién soy? pero otra lo hará más que hombre ¿quién es Dios? Es así como nos damos cuenta que lo primero que somos es “ser pregunta”, escucha atenta a que la respuesta se haga presente: “Lo profundo, más que hablarse se escucha, se escucha hasta que el escuchar habla, hasta que lo escuchado se diga en nosotros, hasta que lo lleguemos a decir.” Ese sería el camino de la oración según el Padre Hugo Mujica. La oración es la palabra de Dios que se nos regala en el silencio del corazón. Orar sería: iniciar lo definitivo.

El corazón era para el pueblo Hebreo ese lugar de lo profundo donde “un abismo llama a otro abismo”, lejos del lugar que a veces le damos y que le otorga un carácter sensiblero, el corazón, ese órgano vital y escondido es aquel lugar donde el ruah, el aliento de vida que recibimos desde la creación, cavara un espacio capaz de Dios y nos hiciera diferentes entre la naturaleza que habitamos. Desde ese momento la naturaleza nos condiciona pero no nos determina.

Ese ser superior que somos, a esa vida de Dios que estamos llamados, tiene un lenguaje propio, particular y distintivo, se trata de la Oración. Se ve allí, en esa posibilidad de diálogo, las dos dimensiones del hombre, el misterio de la tierra donde hunde sus raíces y el misterio de cielo hacia donde estira sus brazos.

No podemos adentrarnos en el tema sin estas salvedades, sin darle a la oración el lugar que tiene en nuestras vidas, para que, pensando en los niños, nos urja la necesidad de ayudarlos a abrirse a ese diálogo que los elevará a la condición primera y definitiva de Hijo de Dios.

Y, al tratarse de niños, corremos con algunas ventajas: “ Los niños viven a la espera de algo grande, siempre colocan lo grande de la vida adelante. Su origen viene de otro y ahí ponen su seguridad, en su origen, fruto del amor, y no en su esfuerzo. En lo dado gratuitamente y no en el mérito, en lo recibido y no en lo alcanzado”

Esa situación de dependencia los hará dis-ponerse ante la vida con la tranquilidad y la seguridad de que alguien vela por ellos. Esta relación que tienen con sus padres naturalmente, la proyectan a su idea de Dios: ese ser Grande, Bueno, que nos cuida y nos hace partícipes de su Vida otorgándonos así un sentido de trascendencia.

Ante ese Dios, la Oración es total, es siempre una “alabanza” una “acción de gracias” para más tarde ser súplica de ayuda y de perdón.

Pero no está todo hecho, no nos olvidemos que vivimos en un mundo distraído no contemplativo, en donde el árbol de la vereda no nos habla porque lo acallaron las voces de los documentales de la TV. Hoy hasta los niños más pequeños necesitan de faros, de antorchas que los guíen a aquello que ellos solos pueden descubrir, su relación propia y original con el Creador.

El problema que se nos presenta no es simple. Cómo hacer que escuche la Palabra que brota del silencio cuando el silencio parece imposible, cuando no se escucha la palabra humana, ¿cómo escuchar la de Dios?

Si pensamos muy bien esta realidad nos tentaríamos a abandonar la tarea, pero como lo que nos mueve trasciende el pensamiento mental y llega a la sabiduría del corazón, nos movemos en la insistencia.

¿Qué hacer primero? ¿por dónde comenzar? Quizás por allí, por el silencio, no el silencio que es mudez, falta de ruido o una simple exigencia disciplinar; sino con el silencio que es espera, vacío, nada. Nada de distracción de ideas ni de pensamientos, nada de acumulación de palabras. Nada. Ese lugar de lo interior que llamamos “lo profundo de nuestro ser” lugar donde puede acontecer la Palabra de Dios. Si nosotros, los adultos no hemos experimentado ese sitio, resultará imposible intentar conducir a alguien a allí. Iniciar a los chicos en el silencio es la tarea primordial para introducirlos en la oración. Pero ¿cómo?. Según las edades disponemos de algunos métodos y estrategias que pueden ayudarnos. Sería bueno que esta actividad comience desde el nivel inicial, allí donde el chico está tan próximo a su origen que tiene más claro su destino, ese lugar donde el niño es tan pequeño que vive mirando hacia arriba y estirando sus bracitos. Que al haber en todos lados descubre los secretos de las grandes maravillas de la naturaleza.

Si comenzáramos desde esa etapa nos resultaría todo facilísimo y hasta aprenderíamos muchísimo de ellos. Iniciarlos en el silencio a estas edades, 3, 4 y 5 años dependerá de nuestra habilidad de crear situaciones gestuales para ello, por medio de canciones, movimientos, consignas (nos ponemos zapatitos de algodón....somos los reyes de nuestro cuerpo y le pedimos lo que queremos....) Pero la realidad que nos toca es otra, muchas veces recibimos a los chicos recién a los 8 años, donde esta capacidad de apertura se está comenzando a entornar. Donde además, a diferencia de años más anteriores en que las abuelas ya les habían juntado sus manitas y les habían enseñado las primeras palabras de la fe dichas en la voz de la poesía de las oraciones cristianas, en donde la Señal de la Cruz era una marca que se remontaba a la primera infancia; hoy, esos niños llegan sin esa posibilidad de reverencia, esa disposición a lo sagrado. Y resulta muy difícil recuperar ese tiempo. Claro, que si dependiera solo de nosotros diríamos que resultaría imposible, pero como estamos en las Tierras del Señor, y él siembra cuando quiere y donde quiere, se tratará de arar no más. Pero arar es también un trabajo pesado, sobre todo después de la tormenta o de la sequía.

Entonces, volver a crear situaciones de silencio, de disponibilidad. Mirando un poco a los Padres del Desierto, abriendo nuevamente la Filokalia, encontraremos en esos escritos esenciales algunos de los métodos de oración más propicios para los chicos.

- Primero; alimentar el espíritu contemplativo, en donde una flor, por ejemplo, no nos diga solamente su nombre científico, y que tiene corola, estambres y pistilo, sino que nos diga que el mundo es bello y perfuma.
- Incorporar paulatinamente el lenguaje de los gestos, porque a diferencia del adulto que expresa las ideas por medio de gestos, el niño, introduce las ideas por medio de ellos. Inclinación de cabeza, manos juntas, manos entrelazadas, ojos cerrados, brazos alzados.....
- Recurrir a las oraciones de los Padres de desierto “Jaculatorias” . Juan Casiano, después de recorrer los monasterios del desierto de Egipto, llega a la conclusión que todos los padres coincidían en que eran mejores las oraciones cortas pero frecuentes, por dos razones, porque orando tan a menudo se permanece en continua referencia a Dios y segundo, porque orando con brevedad se evitan los pensamientos propios. Así trasladaremos por ejemplo, aquella oración constante del peregrino ruso “Señor Jesús ten piedad de mí” en otra apropiada para los chicos “Amigo Jesús vení siempre conmigo”

- Recurrir a la oración espontánea en todos los encuentros eligiendo el momento más propicio, que no siempre es al principio sino cuando ya estemos llegando hacia la mitad o plenitud del encuentro.
- Visitar asiduamente el Templo y hurgar en su función.
- Darle un lugar importante en las celebraciones litúrgicas para que lleguen al Oración por excelencia “La Misa”
- Proponer para la contemplación la lectura silenciosa de : obras de arte, músicas, objetos, fotos, situaciones, videos cortos.
- Estimular las convivencias y campamentos donde se encuentran breves pero profundos momentos de oración.
- Enriquecer los recursos en épocas previas a los sacramentos, proponiendo oraciones diarias, dirigidas pero con lugar para lo espontáneo
- Elaborar un devocionario con oraciones breves para antes de dormir , para levantarse y para bendecir la mesa.
- Conducir al rezo de rosario como una aproximación a él.
- Contemplar las lecturas Bíblicas, Leccio Divina.
- Adornar la presentación de las oraciones antiguas memorísticas : Padrenuestro, Credo, Avemaría, Gloria, Bendita sea tu pureza,
- Participar activamente de peregrinaciones y de las celebraciones propias del Año Litúrgico.
- Que visiten sus hogares imágenes de Jesús, de María, del Niño Jesús en tiempos de Navidad, acompañada de una carpeta con oraciones, canciones en un cassette, espacio para intenciones.
- Provocar misiones llevando imágenes y que los chicos recen con los visitados.
- Elaborar objetos religiosos para rezar: rosarios, Íconos, trípticos, sus propias oraciones.

Como vemos las posibilidades son muchas, siempre tenemos que tener en cuenta su breve tiempo de atención, su necesidad de protección, de afecto, su capacidad de imaginación, (que en este momento nos ayudará más luego será la loca de la casa según Teresa de Ávila).

Recordando que iniciar al chico en la oración representaría no un capricho sino que sería iniciarlo en lo definitivo, abrirlo a la posibilidad de ser más que hombre, “un Cristiano”, un “Hijo de Dios”, dignidad que lo elevará para siempre ante cualquier dificultad.

Que el chico pueda decir igual que nosotros: *“rezar, es mirar que me miran”*